

## **MAQUILLAJE.**

Cuando Rocío entró en casa, dejó con gesto cansado las llaves encima de la consola y se fue, poco a poco, despojando de la ajada cáscara con la que se había cubierto durante ese día; un día especialmente duro, lleno de trabajo, de malos momentos, de prisas, de malentendidos... un día en el que una luz interminable y monótona inexplicablemente parecía haberlo envuelto todo.

De pronto, Rocío se dio cuenta de que sólo podía recordar la luz seca y eficaz de su despacho: no había reparado ni un momento en la luz del sol, ni siquiera ahora que había venido conduciendo... ¿Había hecho frío o calor? ¿Había estado nublado o había hecho sol? ¡Dios mío! ¡Necesito urgentemente unas vacaciones...! ¡Esto no puede seguir así!, ¡Estoy perdiendo la conciencia!

Rocío se sentó en el borde del sillón y con manos nerviosas fue abriendo la correspondencia; facturas, notas del banco, propaganda. Se quitó los zapatos y los colocó ordenadamente en el zapatero. Fue a su habitación y encendió la suave luz de la mesilla de noche; casi sin querer, se dejó caer sobre la colcha y respiró su olor: olía a su crema, al perfume que había usado un tiempo atrás. Se sentía algo mejor; el contacto con la colcha suave le recordaba un tacto que hacía muchos años no sentía... la vieja colcha de raso amarillo, frío, con zonas algo más ásperas en las que, cuando las seguía con los dedos, en medio de la oscuridad, podía dibujar mentalmente las flores, las hojas, los tallos imposibles; se le mezclaban los tiempos y los olores y su mente se relajó... No puedo dormirme, tengo que darme un baño y arreglarme, se me va a hacer tarde, aunque, quizás, si es sólo un momento...Alcanzó con una mano la manta pequeña que tenía a los pies de la cama, se quitó la chaqueta del traje y se acomodó la almohada; apagó la luz y le pareció que flotaba, que su cuerpo había dejado de pesar; se dejó llevar.

En su mente empezaron a aparecer imágenes que creía olvidadas, personas que hacía años que no había vuelto a ver, pero lo recordaba todo: sus nombres, sus colores, casi el sabor a polvo, a humo, a otros mundos que se

colaban en su pequeño y ordenado universo de una niña de... ¿cuántos años tendría entonces? ¿Diez? ¿Puede que once? Sí, más o menos.

Era un día mágico, todos se preparaban para la gran noche. Rocío y sus primas estaban expectantes... sabían lo que iba a pasar, pero siempre era una experiencia nueva, siempre había cosas por ver y descubrir. Ya desde la mañana tenían una lista de tareas que debían hacer, sin falta, además de lo habitual. Como siempre, después de levantarse y lavarse, desayunaron; sentadas en fila en el escaño, la abuela bajó la mesa del respaldo y allí les pusieron sus tostadas con miel, su taza de leche y la delicada oblea. Cada una teníamos nuestra servilleta con un pasador diferente, para no equivocarnos. Desayunamos con calma, disfrutando de cada sorbo, de cada bocado. La vida en la casa había empezado horas antes, ya se habían fregado los suelos, se había preparado el fuego y se había aviado la cocina. Las habitaciones eran un hervidero de gente saliendo y entrando, llevando agua y ropas, limpiando. A nosotras nos tocaba hacernos las camas y dejar bien ordenada la sala pequeña, donde por la noche habíamos estado leyendo y jugando a la Oca. Después, hasta la hora del almuerzo, podíamos seguir con nuestros juegos: Camuñas, la comba, las tabas, la goma...

Aquel día fuimos a espiar a los niños portugueses que habían ido llegando hacía poco con sus padres y que vivían en los cernideros, al lado de casa. Había una niña nueva que no habíamos visto otros años, parecía de nuestra edad, pero estaba triste o era tímida como decía Mai.

Cuando se acercó la hora de comer fuimos a ayudar: teníamos que llevar las cestas con el almuerzo a los mozos que estaban en la zona del robledal, limpiando el monte; cogimos las bicicletas, colgamos las cestas y, como hormigas en fila india, cumplimos nuestra tarea. Al regresar, encontramos a la niña nueva, María, que ya estaba ayudando a poner las mesas en casa. No tenía nuestra edad, sino que era mayor, pues, según su madre, tenía trece años; esa edad hizo que nuestras miradas se volvieran hacia ella con un respeto diferente: ya era muy mayor, aunque su aspecto menudo le hacía parecer más pequeña. Nos miró con recelo escudándose en su madre. Estaba poniendo los platos sobre la mesa con cierto descuido y la siempre dispuesta

Mai le aconsejó que los colocara en fila, porque a la abuela le gustaban las cosas bien hechas; no pareció hacerle ningún caso y ni siquiera le contestó, pero clavó sus ojos en ella y le mantuvo la mirada con curiosidad. Las demás nos pusimos manos a la obra y en un momento estuvo todo dispuesto.

Después de la obligada siesta (todas la odiábamos), la abuela nos pidió que llevásemos a María con nosotras a cortar ramas de espino blanco. Mi prima Lucía que era la mayor, la llevó en su bicicleta. María apenas hablaba, pero teníamos una nueva amiga, era mayor y había que meterla bien en el grupo. Le hicimos mil preguntas y ella contestaba sólo con monosílabos, perdida en su timidez y en sus misteriosos ojos negros.

Mientras cortábamos el espino, hablábamos todas a la vez, casi gritando. Con las cestas repletas de espino y romero regresamos a casa; ya oscurecía y todavía no habíamos preparado las vasijas con agua que debíamos poner delante de cada puerta y ventana. Después de echarlo a suertes, a Mai, María y a mí nos tocó ir con una herrada a coger agua del Pozo de Berros, una fuente en la que la abuela tenía mucha fe pero que a nosotras no nos gustaba nada porque había muchas ortigas y era difícil sacar el agua. María hablaba ya más e incluso parecía disfrutar con la bicicleta... fue ella la que nos sacó la herrada de agua y a mí me tocó llevarla (¡Mai se libraba siempre de todo!). María nos contó que en su pueblo, en las vasijas con agua estrellaban un huevo por la noche y que, a la mañana siguiente, las mujeres interpretaban el significado por la forma de la clara, pero que ella nunca lo había hecho porque le daba miedo el futuro.

Al llegar a casa, colocamos las ramas de espino en las puertas y en las ventanas; todos colaboraban: los mozos se colgaban de las rejas más altas, tapaban las gateras,... entre risas y bromas llenaban de agua las vasijas y las colocaban delante de las puertas y de las ventanas. Cuando empezó a oscurecer, prendieron un fuego grande en el patio y alrededor pusimos la comida. Esa noche nadie bebía vino: el agua era la protagonista. Incluso mi abuelo, a quien no le gustaban esas cosas, respetaba este día y se privaba de su vaso de vino.

Después de la cena, los portugueses empezaron a cantar; alguien sacó una guitarra y el aire templado de la noche se llenó de quejasas notas, de lamentos contenidos, de canciones aprendidas y repetidas noche tras noche. Olía a humo y a frescor. Se anunciaba el verano, pero todavía se sentían los últimos suspiros fríos de la primavera. Cuando el fuego ya se apagaba, nos levantamos y empezó la discusión de quiénes irían este año a la Fuente de las Niñas: nosotras no habíamos ido nunca porque, según mi abuela, éramos todavía pequeñas, pero este año estaba María, con sus trece años, con su seriedad, con su misterio y... nos dejaron ir.

Y todos nos encaminamos a la fuente de Las Niñas, una antigua fuente escondida cerca del tupido robledal, rodeada de una pared de negras rocas de granito y hundida tres escalones por debajo del suelo. Después de la música y del fuego de la cena, parecía que nadie quería volver a cantar, aunque yo sentía que no era eso exactamente, era más bien una actitud de respeto, de intensidad sorda, lo que nos impulsaba a avanzar y a hacerlo en silencio.

Cuando llegamos a la fuente, la luna estaba ya alta y el cielo se había llenado de estrellas. Sacamos con cuidado las botellitas que nos habían dado y que llevábamos en las bolsas y las colocamos ordenadamente al lado de la fuente. Mis tías se sentaron en un banco de piedra y empezaron una de sus interminables conversaciones. Un grupo de mozos estaba de pie, al lado de la puerta de la fuente: contaban viejas historias de curaciones que sucedieron en algún lugar en esa noche mágica. Yo tenía mucho sueño y un poco de frío... me arrepentía de haber ido, tenía que haberme quedado en casa con la abuela, con mi madre, con los demás... Mis primas estaban hablando con María que explicaba, paso a paso, los complicados rituales de la Noche de San Juan. Alguien empezó a cantar:

*A coger el trébole y el trébole, y el trébole,  
y a buscar el trébole la noche de San Juan.*

*A coger el trébole y el trébole, y el trébole  
y a buscar el trébole los mis amores van.*

Y todos lo coreamos; buscábamos tréboles, los cortábamos, pensábamos un deseo y los dejábamos volar. Recuerdo que yo pedí un solo deseo: no volver nunca más al colegio... siempre el mismo ¡y arranqué muchos tréboles! Nos descalzamos y nos frotamos los pies en el rocío de la hierba; uno de los mozos empezó a sacar agua del pozo y llenamos todos los recipientes que habíamos traído. Después nos fuimos a lavar la cara. Mi abuela me había dicho que tenía que lavarme bien, que no me tenía que dar pereza mojarme la cara esa noche porque así mi piel sería más fina, más blanca y que se mantendría más sana. ¡Pobre abuela! estaba muy preocupada por mí, la menos agraciada de sus nietas, con una piel áspera que prometía un acné terrible en la adolescencia. Yo le obedecí y me lavé casi con furia, inclinada sobre las negras aguas de la fuente en las que brillaban dedos rápidos de luna,...olía a humedad y a verdín; el agua sabía a algo metálico y se escurría entre los dedos; me pareció que estaba viva. Entonces María, en voz muy baja y llena de misterio, nos contó un secreto terrible, un rito mágico especial. Contuve el aliento, me bebí, literalmente, una a una, sus palabras; todo empezó a tener un sentido diferente para mí. Y yo cumplí ese rito.

Esperamos hablando en voz baja, hasta que, de pronto, todos enmudecimos y con un respeto absoluto contemplamos cómo nacía el sol, anhelantes, hipnotizados por su suave brillo... empezó alguien a cantar de nuevo y en medio de una alegría general, de una euforia total, todos le seguimos, recogimos el agua y volvimos a casa. No recuerdo cómo hice el camino de vuelta: seguramente me llevaron en brazos, porque estaba agotada. Sí puedo recordar, en cambio, el tacto de la colcha de raso amarillo, sus flores y sus hojas bordadas y cómo mis dedos la recorrían, con los ojos completamente cerrados, feliz y agotada, cuando finalmente, me metieron en la cama.

Rocío se despertó asustada. No sabía qué hora era. De un salto se puso en pie y corrió al baño; tenía menos de media hora para arreglarse. Se miró en el espejo: vio su cara de mujer madura, quizás prematuramente aviejada: su rictus severo, sus labios gruesos, su piel cuidada y ¿sus pestañas?...sus pestañas perdidas para siempre, forzada a llevar cada día pestañas postizas porque aquella noche de San Juan no obró finalmente el milagro que María les

había prometido a ella y a sus primas: unas pestañas tupidas y largas. Rocío se las había cortado aquella noche, había seguido fielmente el ritual y nunca más le habían vuelto a crecer.

Rocío cerró los ojos y repitió como en una letanía:

*“Yo no soy yo,  
Soy ésta  
que va a mi lado sin yo verlo;  
que, a veces, voy a ver,  
y que, a veces, olvido.”*

Abrió de nuevo los ojos, cogió el pincel del rímel y, con sumo cuidado, comenzó el lento y bien aprendido proceso de maquillarse las pestañas. Tarareaba la canción del trébol, mientras se acercaba a la puerta de la terraza; se agachó con cuidado y cogió una brizna verde de una de las macetas. La miró un momento. Pensó su deseo y la echó a volar. Quizás, en esta ocasión, la mágica noche de San Juan pudiera hacer que se cumpliera su deseo. Volvió a entrar en su habitación y, sonriendo, continuó maquillándose. Hoy, treinta años después, volvía a vivir la emoción de la noche de San Juan.